



CAPRICHOSA MEMORIA

Vuelvo a la carga con la memoria, (ya le dediqué un café hace tiempo) y lo hago a raíz de la lectura de un pasaje del libro “Aire de familia”, de Alessandro Piperno, que dice:

La memoria es sectaria y caprichosa. Por eso cada uno retiene del pasado lo que puede y le conviene. Nadie está dispuesto a renunciar al sacrosanto derecho de dársela con queso a sí mismo.

Es verdad, y no voy a insistir: la memoria no es objetiva. No recordamos lo que realmente pasó, sino una versión editada. Pero si vuelvo a ello es por esta idea de *retener lo que podemos y nos conviene*. Porque significa que hay un mecanismo de supervivencia implicado en la memoria, que nos hace ser selectivos (lo que nos sobrepasa no lo grabamos) y nos hace distorsionar los recuerdos (lo que grabamos, no lo hacemos en su versión real sino en la versión que más nos ayuda). Esto hace que al final, lo que recordamos y la realidad se parezcan como un huevo a una castaña.

Y todavía el autor remata la jugada con ironía, explicándonos que no renunciamos a engañarnos a nosotros mismos, (cosa que califica de sacrosanto derecho). Es verdad: ¡Quién no lo ha hecho alguna vez! ¡Quién no se ha montado su película para justificar lo injustificable, o para negar hechos incontestables!

Al final, discutir sobre la veracidad de los recuerdos es inútil, y peligroso. Porque implícitamente acusamos de mentiroso a aquel que tiene un recuerdo distinto, y obviamos que si lo tiene así es porque lo necesitaba guardar así. Ni más ni menos.

El recuerdo es un material esencial para llevar la vida adelante. Cuando nos hacemos mayores, atesoramos recuerdos. Vivimos en parte de ellos. Nos ayudan a seguir el camino. Así las cosas, ¿qué necesidad hay de que sean estrictamente verdad? Cuando alguien nos cuenta algo, en lugar de cuestionarle la veracidad de lo que cuenta, pensemos en que simplemente a esa persona le ayuda verlo así. Es su recuerdo, y tiene derecho a él, si le ayuda.